



ATEÍSMO:

De la comparación que se hace con frecuencia entre el ateísmo y la idolatría. Nunca se refutará bastante la opinión que sostiene el jesuita Richeome sobre los ateos y los idólatras, opinión mantenida antiguamente por san Gregorio Nacianceno, san Cipriano, Tertuliano y santo Tomás, y que Arnobe expuso con energía diciendo a los paganos: "¿No os avergonzáis de censurar que despreciemos a vuestros dioses, cuando es más justo no creer en ningún dios que imputarles acciones infames?". Esta opinión la manifestó muchos años antes Plutarco, diciendo que prefería que le dijeran que no había existido a que le creyeran inconstante, colérico y vengativo, opinión que robusteció la dialéctica contundente de Bayle.

El fondo de esta controversia, suscitada por el jesuita Richeome y sostenida por Bayle, es el siguiente: "En la puerta de una casa había dos porteros que les preguntaron: ¿Se puede hablar con vuestro señor? No está, responde uno de ellos. Sí está, afirma el otro portero, pero se halla muy ocupado fabricando moneda falsa, falsos contratos, puñales y venenos para perder a los que han ejecutado sus deseos. El ateo se parece al primero de esos dos porteros, y el pagano, al segundo. Es, pues, evidente que el pagano ofende más a la Divinidad que el ateo".

Con el permiso del padre Richeome y de Bayle, les diremos que ése no es precisamente el quid de la cuestión. Para que el primer portero se parezca a los ateos no es preciso que diga "mi señor no está", sino "yo no tengo señor. El que suponéis que lo es no existe y mi compañero es un tontaina, que os dice que el señor se ocupa en hacer venenos y afilar puñales para asesinar a quienes cumplen su voluntad. Semejante ser no existe en el mundo".

Richeome argumenta en falso, y Bayle se olvida en sus difusos discursos del honor que hace a Richeome comentándole inoportunamente. Plutarco se expresa mejor al preferir las

gentes que digan que no ha existido a las que afirman que es un hombre insociable. En efecto, nada le importa que nieguen su existencia, pero sí le importa que desdoren su reputación. No está en el mismo caso el Ser Supremo.

Ahora bien, Plutarco apenas se ocupa del verdadero objeto de la cuestión. No se trata de averiguar quién ofende más al Ser Supremo, si el que le niega o quien lo desfigura. No es imposible saber, excepto por la revelación, si Dios se ofende de las charlatanerías que sobre Él propalan los hombres. Los filósofos, sin sospecharlo siquiera, caen con frecuencia en ideas vulgares al suponer que Dios está celoso de su gloria, que es colérico y vengativo, tomando estas figuras retóricas por ideas reales. Lo único que en verdad interesa a todo el mundo es saber si vale más, para el bienestar de los hombres, creer que existe un Dios justiciero que recompensa las buenas acciones ocultas y castiga los crímenes secretos, o creer que no existe.

Bayle prodiga en sus escritos todas las infamias que la leyenda imputa a los dioses paganos; sus adversarios le replican, citándole lugares comunes que nada significan, y los partidarios de Bayle y sus enemigos pelean casi siempre sin avenirse. Convienen unos y otros en que Júpiter es adúltero, Venus es impúdica y Mercurio un raterillo, pero me parece que no es esto de lo que debían tratar, sino distinguir las Metamorfosis de Ovidio de la religión antigua de los romanos. Sabido es que ni Roma, ni Grecia, dedicaron nunca altares a Mercurio el raterillo, a Venus la impúdica, ni a Júpiter el adúltero. Al dios que los romanos llamaban Deus, optimus, maximus, jamás le atribuyeron que incitase a Clodio a acostarse con la mujer de César, ni a César a ser el Gitón del rey Nicomedes. Cicerón no dice que Mercurio indujera a Verres a robar a Sicilia, aunque en la leyenda Mercurio roba las vacas a Apolo. En la verdadera religión pagana, Júpiter era bueno y justo, y los dioses secundarios castigaban a los perjuros en los infiernos. Por esto los romanos, durante muchos años, cumplían religiosamente sus juramentos, y su religión les fue muy útil. No estaban obligados a creer en los dos huevos de seda, ni en la metamorfosis de la hija de Inacus en vaca, ni en el amor de Apolo a Jacinto. No se debe, pues, decir que la religión de Numa deshonoraba la divinidad.

A esta cuestión siguió otra: si podría subsistir un pueblo de ateos. En esto debemos distinguir entre el pueblo propiamente dicho y una sociedad compuesta de filósofos. Es indudable que en todas las naciones el pueblo necesita un freno, y el propio Bayle, si hubiera tenido que gobernar a quinientos o seiscientos individuos, les hubiera inculcado la existencia de un Dios justiciero. Pero Bayle no hubiera hablado del mismo modo a los epicúreos, que eran ricos, amantes de la paz, practicaban las virtudes sociales, sobre todo la amistad, huían de los asuntos públicos y pasaban una vida inocente y cómoda. Creo que con esto queda zanjada la cuestión por lo que toca a la sociedad y a la política.

Respecto a pueblos enteramente salvajes ya queda dicho en la Introducción al ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones, que no pueden contarse ni entre los ateos ni entre los teístas. Preguntarles cuál es su creencia sería lo mismo que preguntarles si seguían la doctrina de Aristóteles o la de Demócrito: ni saben ni conocen nada. Ni son ateos, ni peripatéticos. Pero se nos puede objetar que viven en sociedad y no creen en Dios; luego se puede vivir en sociedad sin religión. A esta objeción contestaré que los lobos también viven como ellos y no constituye una sociedad la reunión de bárbaros antropófagos. Además, os preguntare: ¿cuándo prestáis una cantidad a algún miembro de la sociedad a que

pertenecéis, quisierais que vuestro deudor, vuestro procurador, vuestro notario y vuestro juez no creyera en Dios?

ATEO:

Entre los cristianos hubo muchos ateos, pero en la actualidad hay muchos menos. Esto, que a primera vista parece una paradoja y si bien se mira se antojará una verdad, se debe a que la teología condujo con mucha frecuencia a los espíritus al ateísmo y la filosofía los sacó de él. En los tiempos primitivos podía perdonarse a los hombres que dudaran de la Divinidad, porque veían que los que la anunciaban disputaban unos con otros respecto a la naturaleza de ésta. Los primeros padres de la Iglesia sostuvieron que Dios era corporal; quienes les sucedieron, no le concedían extensión y, sin embargo, le hacían morar en una parte del cielo; según unos, creó el mundo al crear el tiempo, y según otros creó el tiempo después; éstos sostenían que su Hijo era semejante a Él y aquéllos que el Hijo no era semejante al padre. Tampoco estaban de acuerdo acerca del modo cómo la tercera persona derivaba de las otras dos. También disputaban si el Hijo, en el mundo, se componía o no de dos personas. De modo que, sin que ellos lo advirtieran, plantearon la cuestión en estos términos: si había en la Divinidad cinco personas, contando dos en Jesucristo en el mundo y tres en el cielo, o tres personas, considerando sólo a Cristo como Dios. Discutían también sobre su madre, sobre el descendimiento al infierno y al limbo, sobre la manera cómo se comía el cuerpo del hombre Dios, cómo se bebía su sangre, sobre su gracia, sobre los santos y sobre otras muchas materias. Al ver tan en desacuerdo los confidentes de la Divinidad y anatematizándose recíprocamente siglo tras siglo, pero de acuerdo todos ellos en la desenfrenada ambición de riquezas y poder, al contemplar por otra parte el cúmulo de desgracias y crímenes que infectaban la tierra, muchos de ellos, provocados por las contiendas de los directores de almas, debemos confesar que era lícito al hombre razonable dudar de la existencia de un Ser Supremo de tan extraño carácter, y al hombre sensible creer que el Dios que espontáneamente había creado antes tantos desgraciados no debía existir.

Supongamos, por ejemplo, que un físico del siglo XV lea en la Suma de santo Tomás estas palabras: "La virtud del cielo, en lugar del esperma, es suficiente con los elementos y la putrefacción para producir la generación de los animales imperfectos". He aquí las deducciones que de ese pensamiento hubiera sacado el físico: Si la podredumbre y los elementos bastan para producir animales informes, es de suponer que con algo más de podredumbre y poco más de calor podríamos obtener animales más completos. La virtud del cielo en este caso no es más que la virtud de la naturaleza. Crearé, pues, como Epicuro y santo Tomás, que los hombres pueden nacer del limo de la tierra y de los rayos del sol, y todavía ese origen es demasiado noble para seres tan desgraciados y perversos. ¿Por qué he de creer, pues, en un Dios creador que sólo me presentan formulando ideas contradictorias e irritantes? Por fortuna nació la física y con ella la filosofía, y entonces se supo a ciencia cierta que el limo del Nilo no es capaz de producir un insecto, ni una espiga de trigo, y hemos tenido que reconocer gérmes, relaciones, medios y correspondencia asombrosa sobre todos los seres. Hemos estudiado los rayos de luz que parten del sol y van a iluminar esferas celestes y el anillo de Saturno a trescientos millones de leguas de distancia, para llegar a la Tierra y formar dos ángulos opuestos por el vértice en el ojo de un insecto reflejando la naturaleza en su retina. Nació luego un filósofo que descubrió las sencillas y

sublimes leyes que rigen los cuerpos celestes girando en el abismo del espacio. Por tanto, al conocer mejor la obra admirable del universo hemos reconocido al Supremo arquitecto, y sus leyes uniformes y constantes nos han hecho reconocer un Supremo legislador. La sana filosofía destruyó, pues el ateísmo, al que la oscura teología daba armas.

A un reducido número de espíritus descontentadizos, a quienes afectan más las supuestas injusticias de un Ser Supremo que halaga su sabiduría sólo les quedó el recurso de obstinarse en negar la existencia de ese primer motor. Argumentan que la naturaleza existe durante toda la eternidad y todo está en movimiento en la naturaleza; por tanto, todo cambia en ella continuamente. Así, si todo cambia siempre, es preciso que lleguen todas las combinaciones posibles, y la combinación presente de todas las cosas pudo ser efecto exclusivo del movimiento y del cambio eterno. Tomad seis dados, echadlos y apostamos uno contra mil a que no sacaréis seis veces el mismo número en los seis dados.

De esa forma, en el transcurso de una infinidad de siglos, no es imposible que una de las combinaciones infinitas sea la creación del universo. Este argumento ha seducido a espíritus muy lúcidos, pero que no se dan cuenta que el infinito se opone a ese raciocinio y, en cambio, no se opone a la existencia de Dios. Debían también comprender que si todo cambia, las menores especies de las cosas no debían ser inmutables, como son desde hace muchísimo tiempo. Por lo menos no tienen ninguna razón para creer que no se forman nuevas especies todos los días, y por el contrario, es muy probable que una mano poderosa, superior a esos cambios continuos, mantenga todas las especies en los límites que ha prescrito. De modo que el filósofo que reconoce a Dios tiene para defender su causa multitud de probabilidades que equivalen a la certidumbre, y el ateo sólo tiene dudas. Podríamos aducir más pruebas filosóficas que destruyen el ateísmo.

Respecto a la moral, es evidente que vale más reconocer a Dios que negarlo. Interesa a todos los hombres que exista una divinidad que castigue lo que la justicia humana deja impune, pero también es evidente que vale más no reconocer a ningún dios que adorar a un bárbaro al que sacrifican hombres, como sucede en algunas naciones. Esta verdad la ilustraremos con un ejemplo.

En la época de Moisés, los hebreos no tenían noción alguna de la inmortalidad del alma, ni de la vida futura. Su legislador sólo les anunció de parte de Dios recompensas y castigos puramente temporales; por tanto, para ellos, la cuestión es vivir. Moisés ordenó a los levitas que degollaran veintitrés mil hermanos suyos porque adoraban un becerro de oro o dorado. En otra ocasión, el pueblo de Moisés quitó la vida a veinticuatro mil hombres por haber tenido comercio carnal con las jóvenes del país, y otros doce mil fueron asesinados porque algunos quisieron sostener el arca que iba a caer. Por esto, respetando siempre los designios de la Providencia, podemos humanamente afirmar que hubiera sido preferible para esos cincuenta y nueve mil hombres que no creían en la vida futura haber sido ateos y vivir, a ser degollados de parte del Dios que reconocían.

Es posible que no se enseñe el ateísmo en las escuelas de los hombres de letras de China; sin embargo, es cierto que muchos de sus hombres de letras son ateos, pero es porque sólo son filósofos a medias, y aunque lo sean, no cabe duda de que es preferible vivir con ellos en Pekín, disfrutando de la benignidad de sus costumbres y de sus leyes, a vivir en Goa, expuestos a pasar los días encadenados en las prisiones de la Inquisición y salir sólo de ellas

disfrazados con una ropa llena de azufre para ir a morir abrasados en las llamas de una hoguera.

Quienes defienden que puede subsistir una sociedad de ateos tienen razón, porque las leyes son las que forman las sociedades, y esos ateos siendo filósofos por añadidura, pueden pasar la vida tranquila y feliz al amparo de esas leyes, viviendo más fácilmente en sociedad que los fanáticos supersticiosos. Poblada una ciudad de epicúreos, de Simónides, de Protágoras y de Spinoza, y poblada otra ciudad de jansenistas y molinistas; comprobaréis de ese modo la verdad del pensamiento que acabo de sentar. El ateísmo, considerándolo sólo con relación a esta vida, sería muy peligroso en un pueblo feroz, pero no es menos pernicioso tener falsas ideas sobre la divinidad. Casi todos los grandes del mundo viven como si fueran ateos. Quien tiene gran experiencia y muchos años sabe reconocer a un dios cuya presencia y justicia no ejercen la menor influencia sobre las guerras, los tratados y los móviles de ambición, de interés o de placer, que consumen todo su tiempo, y observa todas las reglas establecidas en la sociedad, y le es mucho más grato vivir así que con supersticiosos y con fanáticos. Confieso que siempre esperaré que sea más justo quien cree en Dios que el que no cree, pero también esperaré más disgustos y persecuciones de los supersticiosos. El ateísmo y el fanatismo son dos monstruos que pueden desgarrar y destruir la sociedad, pero el ateo, aunque persevere en su error, conserva siempre el juicio, que le corta las garras, mientras el fanático está atacado de una continua locura que afila las suyas.

DE LOS ATEOS MODERNOS:

Somos seres inteligentes que no pudieron ser creados por un ser tosco, insensible y ciego; luego la inteligencia de Newton provino de otra inteligencia. Cuando contemplamos una máquina complicada comprendemos en seguida que es producto de un experto constructor. El mundo es una máquina admirable construida por una gran inteligencia. No por antiguo este argumento es malo. Todos los cuerpos vivos se componen de palancas y poleas, que actúan obedeciendo a leyes de la mecánica, de juegos que hacen circular continuamente las leyes de la hidrostática, y nos admiramos de que todos esos seres estén dotados de sentimiento, que no tiene nada que ver con su organización.

El movimiento de los astros y de la tierra alrededor del sol se opera en virtud de las leyes más profundas de las matemáticas. ¿Cómo Platón que no conocía ninguna de esas leyes, pudo decir que la tierra estaba cimentada sobre un triángulo equilátero y el agua sobre un triángulo rectángulo; cómo el extraño Platón, que afirmó que sólo podían existir cinco mundos, porque sólo existían cinco cuerpos regulares, y que ignoraba la trigonometría esférica, pudo tener tan gran genio e instinto perspicaz, que llamó Dios al Eterno Geómetra y pudo comprender que existía una inteligencia creadora? Hasta el propio Spinoza tiene que confesarlo. Es imposible negar esa verdad que nos rodea y abrumba por todas partes.

Y sin embargo, conozco espíritus sediciosos y tercos que niegan la existencia de la inteligencia creadora y propugnan que únicamente el movimiento creó por sí mismo todo lo que vemos y somos. Sostienen con audacia que la combinación del universo era posible puesto que existe; luego, también es posible que sea obra del movimiento. Dicen también:elijamos cuatro planeta, Marte, Mercurio, Venus y la Tierra. Pensemos en el sitio que

ocupan haciendo caso omiso de los demás, y se verá que tenemos muchas probabilidades para creer que sólo el movimiento los ha colocado en sus sitios respectivos. Tenemos de nuestra parte veinticuatro probabilidades en esta combinación; queremos decir que apostamos veinticuatro contra uno a que esos planetas no se encontrarían donde se encuentran por la relación de unos a otros. Añadamos a esos cuatro planetas el de Júpiter y tendremos ciento veinte probabilidades contra una para apostar que Júpiter, Marte, Venus, Mercurio y la Tierra, no ocuparían el sitio que hoy ocupan. Añadamos también a Saturno, y tendremos seiscientos veinte probabilidades contra una para colocar esos seis grandes planetas en los sitios que ocupan y a la distancia que están. Por tanto, queda demostrado que en setecientas veces el movimiento pudo situar los seis planetas principales en los sitios que ocupan.

Si consideráis en seguida los demás astros secundarios, sus combinaciones, sus movimientos y los seres que vegetan, viven, sienten, piensan y obran en todos los Globos, aumentaréis el número de las probabilidades; multiplicad ese número en toda la eternidad hasta el número que llamamos infinito y en esa multiplicación obtendremos siempre una unidad en favor de la formación del mundo tal como está formado exclusivamente por el movimiento. Por tanto, es posible que en toda la eternidad el movimiento de la materia haya creado el universo tal como existe; luego no sólo es posible que el mundo sea como es, sólo por el movimiento, sino que es imposible que deje de ser, como decimos, después de las infinitas combinaciones.

La suposición que acabo de describir con detalle la encuentro extraordinariamente quimérica por dos razones: la primera, porque en ese universo imaginado no existen seres inteligentes, ni me podéis demostrar que el movimiento produzca la inteligencia; la segunda razón estriba en que, según vuestra confesión, puede apostarse el infinito contra uno a que una causa inteligente y creadora anima el universo. Cuando el hombre se encuentra solo frente al infinito, comprende su insignificancia.

El propio Spinoza admite esa inteligencia como base de su sistema: no le habéis leído y debéis hacerlo. ¿Por qué pretendéis ir más lejos que él y, con necio orgullo, sumergir vuestra débil razón en el abismo donde Spinoza no se atrevió a descender? Convinceos de que es una extrema locura afirmar que una causa ciega consiga que el cuadro de una revolución de un planeta equivalga siempre al cuadro de las revoluciones de los demás planetas, como el cubo de su distancia equivalga al cubo de las distancias de los demás, al centro común. ¡Los astros son grandes geómetras, y el Eterno geómetra reguló la carrera de los astros!

Ahora bien, ¿dónde está el Eterno geómetra? ¿Está en un sitio o en todos ellos sin ocupar espacio? No lo sé. ¿Dirige el universo con su propia sustancia? Tampoco lo sé. Lo único que sé es que debemos adorarle y ser justos.